

Análisis Preelectoral

ISRAEL

Elecciones para resolver una apuesta

Natalia Perez Velasco

Fecha de publicación: 15 de septiembre de 2019

Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán

Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos

Universidad Autónoma de Madrid

www.opemam.org

Cinco meses después de los últimos comicios los israelíes acudirán de nuevo a las urnas el martes 18 de septiembre para resolver una apuesta entre los dos líderes más veteranos de la derecha. Benjamin Netanyahu, primer ministro en funciones, ha apostado por unas nuevas elecciones con la esperanza de mejorar el resultado conseguido el pasado 9 de abril y formar gobierno con sus aliados de la extrema derecha y los partidos ultra-religiosos. Enfrente tiene a Avigdor Lieberman, que se niega a que su laico Israel Nuestra Casa entre en otro gobierno formado por Netanyahu para provocar un cambio en el liderazgo del Likud con la esperanza de convertirse en un futuro en el nuevo líder de la derecha.

De los dos, Netanyahu es quien más se juega en estos comicios, pues para garantizar su supervivencia política necesita un cómodo triunfo electoral que le permita formar gobierno con sus socios naturales. Si no lo logra, desaparecerá por completo su esperanza de aprobar una ley que le blinde ante su anunciado procesamiento por corrupción, pues solo esos partidos se han mostrado en algún momento dispuestos a apoyarla. En las elecciones de hace cinco meses el Likud consiguió 35 escaños, Derecha Unida 5 y los ultrarreligiosos Shas y Judaísmo Unido de la Torá 8 cada uno. Se quedaron a cinco de la mayoría absoluta necesaria para formar un Ejecutivo mínimamente estable en Israel. Aunque Nueva Derecha, la recién estrenada aventura política de los ex ministros de Educación y Justicia, Naftalí Bennet y Ayelet Shaket, hubiera conseguido superar el 3,25% de los votos requeridos para entrar en el Parlamento -obtuvo el 3,22%-, su apoyo habría sido insuficiente. Para evitar ese "desperdicio" de votos conservadores, en esta nueva convocatoria a las urnas casi todos los partidos a la derecha del Likud han unido sus fuerzas en una nueva coalición electoral, Yamina, al frente de la cual se ha situado la mediática Shaket. Dado que se disputan el voto del mismo electorado lo mejor es unir fuerzas, en especial cuando lo que está en juego no es solo acceder o quedar fuera del Parlamento, sino lograr que el Likud forme gobierno y como contrapartida marcar la línea política del mismo. A Netanyahu le conviene que la extrema derecha traduzca todos sus votos a escaños, pero también teme que su partido pierda votos en favor de la nueva coalición. Por ello en plena campaña electoral ha anunciado que si el Likud gana y él forma gobierno anexionará a Israel el valle del Jordán, territorio palestino ocupado por el ejército israelí desde 1967 situado a lo largo de la frontera con Jordania y el norte del mar Muerto.

Tras las elecciones del 9 de abril los cinco escaños que le faltaban al Likud para formar gobierno los podría haber aportado Israel Nuestra Casa, que tiene su principal caladero de votos entre la población de origen ruso. Pero su líder se negó a sentarse en un gabinete dirigido por Netanyahu, aduciendo que este será procesado por corrupción en cuanto se constituya un nuevo Ejecutivo. La apuesta de Lieberman es sencilla. Si el Likud gana de forma clara las elecciones y Netanyahu forma gobierno, esperará a que el juicio pase factura al primer ministro y sean sus propios socios en el gabinete y sus compañeros de partido quienes fuercen su relevo. Mientras, él se presentará como un líder responsable que antepone el bien del país a sus propias aspiraciones políticas y se niega a aupar al poder a alguien que en unos meses va a ser procesado por corrupción. Si, por el contrario, el resultado electoral no permite al Likud formar gobierno con Yamina y los ultrarreligiosos, habrá ganado su apuesta y tendrá en su mano forzar la retirada inmediata de Netanyahu del poder. Los partidos de la oposición, encabezados por

la coalición centrista Azul y Blanco y su Israel Nuestra Casa presionarán a las figuras más representativas del Likud para que den un paso al frente y provoquen un relevo en el liderazgo del partido. Esto tendría como resultado unas nuevas elecciones en unos meses, y Netanyahu no encabezaría la lista del Likud por primera vez en catorce años –está al frente desde que a finales de 2005 se hizo con las riendas del partido después de que Ariel Sharon lo dejara para crear Kadima-.

En realidad, no hay que descartar un tercer escenario: que se produzca un resultado electoral muy similar al de hace cinco meses, y ni la derecha ni el centro-izquierda consigan formar gobierno. Si esto sucede, empezarán a surgir voces dentro del Likud exigiendo primarias para elegir un nuevo líder, y alguna destacada figura puede optar por iniciar una aventura personal y provocar una escisión. Mientras, no habría que descartar la formación de lo que en Israel se llama un gobierno de “unidad nacional” que incluiría a la coalición Azul y Blanco y al Likud - ya sin Netanyahu al frente- o una importante escisión de este, y que tendría fecha de caducidad: cuando los likudíes hubieran elegido a su nuevo líder y forzaran de nuevo elecciones.

Ocurra lo que ocurra este martes dos cosas parecen seguras. La primera es que todos los escenarios posibles abocan a unas nuevas elecciones en un futuro cercano, siendo el plazo más lejano si Netanyahu lograra formar gobierno, pues solo cuando su procesamiento por corrupción comenzara a pasar factura al Likud se iniciaría una pugna interna para apartarle del liderazgo del partido. La segunda certeza es que todas las opciones de gobierno pasan por la derecha. Desde el fracaso del proceso de paz, la izquierda israelí lleva décadas fragmentada, desmotivada y reducida a su mínima representación parlamentaria –6 escaños los laboristas y 4 Meretz-. A pesar de esto, los dos principales partidos progresistas siguen mostrándose reacios a unir fuerzas, aunque en estos comicios ensayan dos pequeñas coaliciones - Laboristas con la lista de centro-izquierda Geshet y Meretz con los verdes –.

En este contexto, solo formaciones políticas de centro como Azul y Blanco pueden liderar una alternativa de gobierno. Pero no se trata de dejar fuera a la derecha, sino de contar con los partidos conservadores laicos – como Israel Nuestra Casa - y evitar a los ultra-religiosos y de extrema derecha. Es decir, la única posibilidad real es plantear una coalición de gobierno laica que termine con el poder que los ultraortodoxos han tenido en los últimos gobiernos del Likud. Con una izquierda con tan poca representación parlamentaria, para que el centro se convierta alguna vez en una alternativa de gobierno que excluya a la derecha debe tener la valentía de aceptar el apoyo de los partidos árabes. Estos cuentan en la actualidad con 10 escaños, aunque de nuevo coaligados en la Lista Árabe Unida creada para los comicios de 2015 esperan recuperar los tres que perdieron en abril al concurrir por separado. Pero a pesar de que los israelíes de origen palestino suponen un veinte por ciento de la población, se les sigue manteniendo alejados del gobierno y casi nadie en Israel se plantea en serio contar políticamente con ellos.